Berzoza

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

JACINTO.

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N 9.
1861.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobelza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De andaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españo
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.

La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Br
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernand
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdido
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carid
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (al
La calle de la Montera.
Los pecados de los padre
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
La peor cuña.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento..

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y María.

JACINTO.

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA,

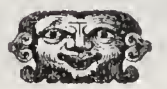
ORIGINAL DE

DON LIBERTO BERZOSA.

MUSICA DE

DON FEDERICO REPARAZ.

Estrenada con grande aplauso en el teatro del Circo el dia 25 de Mayo de 1861.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

PERSONAJES.	ACTORES.
EMILIA, Marquesa del Clavel...........	STA. RAMIREZ.
ROSA, su doncella......................	STA. IBARRA.
LUIS, coronel, Marqués del Clavel.......	SR. SOLER.
PEDRO, su asistente....................	SR. CRESCI.

Á LA SEÑORITA DOÑA AMALIA RAMIREZ.

Al dedicarle á V. esta obra, no hacemos mas que cumplir con un deber que nos impone la gratitud.

Agobiada la empresa por sus muchos compromisos, no era posible su representacion, si no la hubiera V. acogido tan generosamente, salvando cuantos inconvenientes se presentaban para ponerla en escena.

El éxito que ha obtenido se debe exclusivamente á V. y á los artistas que desempeñaron sus respectivos papeles con tanto acierto como maestria, superando nuestros deseos.

Suplicamos á V. admita como prenda de reconocimiento este pobre ensayo, que si bien por su escaso mérito no es de importancia ninguna, sirve para darle una prueba del verdadero afecto que la profesan sus

Autores.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada; un piano á la izquierda: á la derecha un velador: dos puertas á la izquierda y una á la derecha. Al foro, otra que figura dar al jardin.

ESCENA PRIMERA.

Aparece la escena sola: á los últimos compases de la música, entran por el foro LUIS y PEDRO observándolo todo con el mayor cuidado.

Luis. Esta es la quinta, y este debe ser el pabellon. ¡Cómo me palpita el corazon al pensar que aqui se encuentra mi mujer! Sin embargo, no puedo desechar una especie de temor. Si fuera fea...

Pedro. Seria una broma un poco pesá! ¿Pero no le ha dicho á usía la baronesa que es muy bonita?

Luis. Mas no obstante, el cariño hácia su sobrina la marquesa, puede cegarla hasta el punto de no dejarla ver sus defectos.

Pedro. Pues ya no hay remedio: tiene usía que tomarla tal como sea.

Luis. Eso lo veremos.

Pedro. ¿Pues qué, mi coronel, piensa usía pedir á la reina que le cambie la mujer?

Luis. No por cierto, pero puedo hacer otra cosa.

PEDRO. ¿Cuál?

LUIS. Escúchame, Pedro. Ya sabes que este enlace se verificó por razones de familia, y conveniencias sociales. Yo era entonces un chiquillo, y accedí á cuanto quisieron. Emilia, que se estaba educando en un convento, me entregó su mano sin violencia, pues ignoraba absolutamente qué significaba aquello, y el compromiso á que se ligaba. Ya ves, apenas contaria cinco años.

PEDRO. ¡Valiente mujer!

LUIS. Yo tuve que partir de España con mi familia al dia siguiente del casamiento; de modo, que ni el mas mínimo recuerdo puedo conservar de mi esposa, ni de los rasgos de su fisonomia. Diez años he estado por Europa haciendo la guerra, y ni siquiera he pensado un momento en que no era dueño de la libertad que disfrutaba.

PEDRO. Dígalo si no...

LUIS. Pero hace tres meses recibí una carta de mi tia la baronesa, en la que me noticiaba, que Emilia acababa de salir del convento, é instalarse en esta quinta, y que al cabo de diez años de ausencia era ya tiempo de que viniese á reunirme con mi esposa, la que deseaba conocer á su marido. Aquella carta me hizo pensar sériamente y tomar una resolucion.

PEDRO. La de embarcarnos inmediatamente para venir en su busca.

LUIS. Justamente. Pero tengo dos ideas.

PEDRO. Veamos cuáles.

LUIS. Si mi esposa es una de esas mujeres que tanto pululan por el mundo y que se llaman feas, monto á caballo, y no paro hasta China.

PEDRO. ¡Bravo!

LUIS. La segunda, inspeccionar qué clase de vida lleva; si se acuerda de mí y siente mi ausencia. Para ello, he pedido á mi tia una recomendacion, y bajo el nombre de Enrique Alvarez vengo en clase de compañero de armas de su marido. ¿Qué te parece?

PEDRO. Mu bien. ¿Conque si es fea, nos largamos?

LUIS. Al escape.

PEDRO. Dios quiera...

LUIS. ¿Qué?

PEDRO. Que sea un prodigio de hermosura.

LUIS. La quinta es muy bella, á lo menos lo que hemos podido ver. El jardin delicioso. La vida campestre me electriza: ya verás qué buenos ratos pasamos aqui. La caza, la pesca, los bailes, porque los domingos estará abierto mi jardin para esos sencillos aldeanos de este pueblecillo. ¡Calla! un piano: el complemento de la dicha. ¡Qué felicidad me espera con todos estos goces, y una mujer que tenga...

PEDRO. Los ojos vizcos; la nariz de á cuarta; el talle de colchon, y no hay mas que pedir.

LUIS. Calla, demonio; no me arrebates mis bellas ilusiones.

PEDRO. ¡Yo!

LUIS. Pero nadie parece. Hemos llegado hasta este pabellon sin encontrar alma viviente.

PEDRO. Por los pueblos hay muy pocos ladrones. ¡Qué desgracia que se nos haya muerto Leonina!

LUIS. ¡Es verdad! ¡lástima de perra!

PEDRO. Despues de llevar siete años de servicio en el ejército y haberse quedado coja de resultas de un balaso, ahora que podia haber tomao el retiro, se ha muerto.

LUIS. Ya tendremos aqui otra, y tambien un par de galgos.

PEDRO. Pero aquella estaba ya conocia, y eramos casi hermanos.

LUIS. ¡Tunante!

PEDRO. ¡Ella y yo, mi coronel! ¡Probe Leonina!

LUIS. ¡Calla! Me parece que suena gente.

PEDRO. Si, una mosa barí.

LUIS. ¿Será mi mujer?

PEDRO. Me paese que no. Tiene el aire de una doncella.

ESCENA II.

LUIS, PEDRO y ROSA, por la puerta segunda izquierda.

ROSA. ¡Ah! ¡Dos forasteros!

PEDRO. Perdone osté, hermosa niña. ¿No vive en esta vivienda la marquesa del Clavel?

ROSA. Si, señor.

LUIS. ¿Tendrá usted la bondad de anunciarla que un amigo de su esposo desea ponerse á sus pies?

ROSA. Ahora está en el tocador. No puede tardar en concluir. ¿Pero es usted por casualidad el recomendado de la

señora baronesa?

LUIS. El mismo.

PEDRO. ¡Qué penetracion tiene esta chica!

ROSA. Mi señora ha mandado preparar esa habitacion, por si queria usted quedarse aquí por algunos dias. Pero creo que le esperaba á usted ayer.

LUIS. Debia haber sido asi en efecto; pero ciertas ocupaciones...

PEDRO. (¡Femeninas!)

LUIS. Me han impedido ponerme á sus pies tan pronto como hubiera deseado.

ROSA. Pues voy corriendo á anunciárselo á la señora. ¡Qué contenta se vá á poner! Al momento saldrá. (Váse por la puerta primera de la izquierda.)

ESCENA III.

LUIS y PEDRO.

LUIS. Ya vuelve otra vez á latir mi corazon; vá á venir: ¿qué te parece?

PEDRO. Guapa.

LUIS. ¿Mi mujer? (Volviendo la cara.)

PEDRO. ¡Dónde está? (Id.)

LUIS. ¿Qué diablos estás diciendo?

PEDRO. Si yo hablaba de la doncella.

LUIS. Pues yo de mi mujer.

PEDRO. Estoy, mi coronel, porque nos debemos quedar.

LUIS. ¿Cómo has variado tan pronto de opinion?

PEDRO. Esa chica es capaz de hacer que uno se meta ermitaño por verla.

LUIS. ¿Te gusta?

PEDRO. Con el permiso de mi coronel, diré que si.

LUIS. ¡Chist! ¡Siento pasos!

PEDRO. Y el roce de un vestido de seda.

LUIS. Estoy temblando.

PEDRO. Ánimo, mi coronel; por fea que sea, nunca será tanto como las negras de América, y sin embargo...

LUIS. ¡Calla!

PEDRO. ¡Ya estan aquí!

ESCENA IV.

LUIS, PEDRO, EMILIA y ROSA.

LUIS. (¡Ah! ¡Qué hermosa!)

PEDRO. (Se ganó la plaza.)

EMILIA. Caballero...

LUIS. Señora...

EMILIA. (¡Es muy guapo!) Perdone usted que le haya hecho esperar.

LUIS. ¡Oh! Señora, yo soy el que debo perdirla mil perdones... por... (¡Es divina!)

ROSA. (¿Qué le parece á usted?) (Bajo á Emilia.)

EMILIA. (¡Muy bien!) (Id. á Rosa.)

PEDRO. (Se ha quedado lelo.) Coronel. (Bajo á Luis.)

LUIS. (¡Vete!) (Id. á él.)

PEDRO. (Pero...) (Id.)

LUIS. (¡Fuera, mastuerzo!) (Id.)

EMILIA. (¡Sal!) (Á Rosa.)

PEDRO. (Busquemos la cocina.) (Váse con Rosa por la puerta segunda de la izquierda.)

ESCENA V.

EMILIA y LUIS.

EMILIA. ¿No toma usted asiento?

LUIS. Con su permiso. Creo que habrá usted recibido una carta de su tia la baronesa, anunciándole mi visita.

EMILIA. Si, señor; en ella me dice que viene usted en nombre de mi esposo.

LUIS. Hemos sido compañeros de armas, y me ha encargado...

EMILIA. ¿Y por qué no viene él?

LUIS. ¡Oh! Porque ignoraba que tenia en usted un tesoro de gracias y perfecciones, porque creia que...

EMILIA. No; mas bien, porque la vida militar le agrada: sé que se divierte cuanto puede, mientras yo estoy aquí desesperada, sin consuelo.

LUIS. Si él hubiera podido sospechar...

EMILIA. No merece que se le defienda.
LUIS. Sin embargo...
EMILIA. Mire usted, yo le queria mucho.
LUIS. ¿De veras?
EMILIA. Desde pequeñita me habian enseñado á quererle y respetarle; pero lo que es ahora...
LUIS. ¡Ahora qué!...
EMILIA. Conozco que le quiero bien poco: mejor dicho, nada; y sentiria que viniera á mi lado, por mas que esta vida solitaria me fastidie.
LUIS. (¡Qué escucho!) Sin embargo, á su lado disfrutaria usted de muchos placeres desconocidos; bailes, teatros, paseos; el lujo y la magnificencia de la córte.
EMILIA. Todo eso me cansa y hastia; por lo mismo he venido á vivir á esta deliciosa quinta. Y si le he de hablar á usted con franqueza, desde que sé que mi marido está distraido, he buscado un entretenimiento.
LUIS. Cómo, señora... ¡Un entretenimiento!
EMILIA. ¡Chist! Pero no lo diga usted á nadie: si lo supiera la baronesa me lo afearia.
LUIS. Y con razon, porque...
EMILIA. Si no es mas que un capricho.
LUIS. ¡Un capricho! (Dios mio, ¿qué es esto?)
EMILIA. Ya se lo enseñaré á usted.
LUIS. ¿Á mí?
EMILIA. Pero me tendrá usted que dar palabra de no decírselo á nadie.
LUIS. (¡Hay mayor insolencia!)
EMILIA. Pero hablemos de mi marido. ¿Usted cree que no vendrá por ahora?
LUIS. (Probemos.) No por cierto. Tardará mucho... quizá toda la vida.
EMILIA. ¡Ay qué gusto!
LUIS. ¡Voto al demonio!
EMILIA. ¿Qué tiene usted?
LUIS. Nada, señora. Pues como iba diciendo, no vendrá... porque...
EMILIA. ¿Por qué?...
LUIS. ¡Porque ha muerto!
EMILIA. ¡Pobrecillo! ¿Y dónde?
LUIS. En la guerra.
EMILIA. ¡Cuánto lo siento!

Luis. (¡Se conoce! ¡Por vida!)

Emilia. ¿Se encontró usted acaso á su lado?

Luis. Entre mis brazos espiró, despues de haberme dicho sus últimas palabras para que se las repitiera á su esposa.

Emilia. ¿Y cuáles son?

Luis. «Muero sobre el cámpo de batalla, pero con honor. Dí- »le á Emilia que conserve mi apellido sin mancha, tal »como yo se lo lego al morir.»

Emilia. ¿Creerá usted que casi casi me dan ganas de llorar?

Luis. ¿Para qué?... Si se murió, buen provecho. (¡Estoy dado á Satanás!)

Emilia. ¡Tiene usted razon! Un marido que abandona á su mujer por espacio de diez años, como él lo ha hecho conmigo, no merece... Mas no obstante, para probar que soy mejor que él, no me casaré hasta pasado el luto.

Luis. ¡Señora!... (¡Esta mujer, vá á hacer que yo cometa una barbaridad!)

Emilia. Me parece que obro bien,

Luis. Yo lo creo, señora... Pues digo, un año, no es nada... á menos que se pase mas dulcemente con el dichoso entretenimiento.

Emilia. Él será mi único consuelo en la desesperacion que estoy sumida.

Luis. ¡Oh, mucho!

Emilia. ¿Y piensa usted permanecer aqui algunos dias?

Luis. No sé... mis negocios...

Emilia. Por lo menos hasta el domingo... hoy es jueves...

Luis. Veremos.

Emilia. Aqui no faltan algunas distracciones. Verá usted qué buenos ratos pasamos.

Luis. Si, ¿eh? (¡Prudencia!)

Emilia. ¿Le agrada á usted la música?

Luis. Es mi sola pasion.

Emilia. ¿De veras? ¡Cuánto me alegro! Á ver, á ver, aqui tengo algunas piezas que podremos cantar á duo. ¿Vamos?

Luis. Pero, señora, despues de la triste nueva que he tenido el sentimiento de anunciarla.

Emilia. Es verdad. Pero aqui no nos vé nadie, y ademas usted irá divulgando por todas partes, que al recibir tan triste nueva, mi desesperacion ha sido tan grande, que he estado á punto de morir.

Luis. Descuide usted. (¡Qué deliciosa ent revista!)

EMILIA. Á ver si le gusta á usted este duo. (Le dá un papel.)
LUIS. ¡Muy bonito, muy bonito! (Estrujándolo.)
EMILIA. Cuidado, que le rompe usted.
LUIS. Perdone usted... una distraccion...
EMILIA. ¿Empezamos? (Se sienta al piano.)
LUIS. Cuando usted guste.

DUO.

Yo te adoro prenda / niña mia
por tu encanto seductor,
y no puedo ya tu amor
ni un instante desechar.
Tú eres mi vida, mi cielo,
mi luz, mi norte y encanto,
y te quiero tanto, tanto
como el pecho puede amar.
Ay, prenda / niña mia,
sé tú claro lucero
de mi alegria.
Ten compasion,
que por tí pena y llora
mi corazon.

HABLADO.

EMILIA. ¿Qué tal?
LUIS. ¡Divina! (¡Es un ángel y un demonio!)
EMILIA. (Já, já... ¡Está aturdido!)

ESCENA VI.

DICHOS, ROSA y PEDRO, por la segunda puerta izquierda.

ROSA. Señora, el almuerzo está servido.
EMILIA. Pues, señor don... ¿cómo es su gracia de usted?
LUIS. Enrique Alvarez, señora.
EMILIA. Pues señor don Enrique Alvarez, pasemos al comedor,

y le suplico que no me hable de cosas tristes que me quiten el apetito.

LUIS. Descuide usted, señora. (¡Ah! Pedro, sonsaca, averigua y observa, observa...) (Bajo á él y de prisa.)

EMILIA. ¿Vamos?

LUIS. Estoy á las órdenes de usted.

ESCENA VII.

ROSA y PEDRO.

PEDRO. (Averigua, sonsaca, observa, aqui hay gato enserrao; procuremos cumplir con la consigna.) Oiga osté, niña, ¿á onde se vasté con paso tan precipitao?

ROSA. Á ver si mandan algo los señores.

PEDRO. Aguarde osté un poco, y deje que platiquemos los dos un rato.

ROSA. ¿Y qué tenemos que platicar nosotros?

PEDRO. Despasito, arma mia, y no sea tan súpita de genio.

ROSA. Vamos, ¿qué me quiere usted?

PEDRO. ¡Várgame Cristo, y qué cosas le iria yo asté!...

ROSA. Pues ya puede usté empezar.

PEDRO. ¿Si? Pues allá voy.

DUO.

PEDRO.

Por esos ojos
tan retrecheros,
sepasté, prenda,
que yo me muero.
Por ese talle,
por esa cara,
é la milicia
yo esertara.

—

ROSA.

¿Tan de repente
le entró el amor?

—

PEDRO.

Todo de gorpe
sale mejó.

—

Rosa. Los militares
van muy de prisa,
y no les coge
la vicaria.

—

Pedro. Los militares,
sepasté, niña,
que los domingos
oyen la misa.

—

Rosa. Yo no soy plaza
que ha de entregarse
á aquel que el cura
no se lo mande.

—

Pedro. Ya que la plasa
no ha de entregarse,
yo diré ar cura
que se lo mande.
Pues al ver de una serrana
la grasia y sarandeo
cuando sale de mañana,
¡ay Jesú! me tiembla e cuerpo.
Y si me enseña la liga,
¡ay faitiga!
Diera por una mirá,
na...
Que si es verdad que la quiero,
¡salero!
Y ya que por ella muero
si logro marido ser,
cuando la llegue á coger...
¡Ay faitiga!... Na... ¡Salero!

HABLADO.

Rosa. ¿Acabó usted ya?

Pedro. ¿Y no se ablanda ese pechito?

Rosa. Es muy duro y se necesita mucho tiempo para que se ablande.

Pedro. ¡Arma mia! Jasta er juisio final estaria yo aguardando.

ROSA. Ademas, usted se vá con su amo dentro de unos dias y...

PEDRO. Yo... Quiá... deserto; me queo con la señora, manque sea de cochero.

ROSA. Si hiciera usted eso...

PEDRO. ¡Uy! ¡Salero!

ROSA. Pero cuidado que no prometo nada, hasta que vea las obras.

PEDRO. Cayusté, que de aqui voy ar sielo canonisao. Ya verasté, hoy mismo hablaré con la señá marquesa... ¿Qué tal caraiter tiene?

ROSA. ¡Delicioso! Es una mujer, como hay pocas; ¡tan dulce! ¡tan amable!... nos trata á todos con una familiaridad! no parece que somos sus criados.

PEDRO. Jeso es bueno.

ROSA. Ya lo verá usted, Pedro: pasa la vida aqui sola cuidando sus flores y sus pájaros, ó jugando con Jacinto.

PEDRO. (¿Quién será este on Jasinto?)

ROSA. Hará cuatro meses que vivimos aqui, y no ha venido á verla mas que el señorito Fernando.

PEDRO. (¡Otro!)

ROSA. Pero ese no estuvo mas que doce dias; como es tan tronera, se cansó de vivir con ella, y se volvió á la córte.

PEDRO. Conque vivia con eya...

ROSA. ¡Ya se vé!... Y qué carácter mas alegre tenia; cada vez que me encontraba, me daba un abrazo.

PEDRO. ¡Pues me gusta!

ROSA. Y á la señora, tambien.

PEDRO. (¡Caracoles!) ¿Conque la abrazaba?

ROSA. ¡Y qué tiene de particular? No son hijos de una misma madre?

PEDRO. ¡Cabal!... Y Adan, nuestro padre. (¡Esta chica promete! ¡Probe coronel!)

ROSA. Iban juntos á paseo, á caza, se internaban en el bosque.

PEDRO. Por el bosque... (¡Esto es muy grave!)

ROSA. Nos prometió que pronto volveria y ya han pasado dos meses, y nada. Pero suena la campanilla. Adios, Pedro.

PEDRO. Pero escucha...

ROSA. No puedo, que me llaman. (Váse por la segunda puerta, izquierda.)

PEDRO. Adios, pedazo de gloria. Pus señó, buenas cosas acabo de saber... el señor on Jasinto y er señorito Fernando que la abrazaba y... magrada... ¿y qué hago yo ahora? ¡Qué! Decirlo todo al coronel, montaremos en los caballos, y á escape. Y lo siento por esa chica; es muy guapa, me gusta y... pero el coronel es antes que too... le iré que la señá marquesa es... ¿Quién viene? ¡él! san José haga que no me pregunte. Y qué serio!... cuarquiera diria que conoce toa su desgracia.

ESCENA VIII.

PEDRO y LUIS.

LUIS. ¡Bah! ¿eres tú, Pedro?

PEDRO. Si, yo, mi coronel.

LUIS. Tenia deseos de hablarte.

PEDRO. (Ya pareció aquello.)

LUIS. Tú me quieres. Has sido mi fiel compañero en los campos de batalla, y no te soy indiferente.

PEDRO. Por usia me dejaria hacer cuartos.

LUIS. Ya lo sé; y me has dado mas de una prueba, salvándome la vida en ciertas ocasiones.

PEDRO. Dejemos eso, coronel. Me paese que esa cara está qué sé yo cómo.

LUIS. Si, es verdad. Me sucede una cosa, que solo confio á tu prudencia y cariño, porque necesito un corazon donde pueda desahogar el mio.

PEDRO. Ya escucho.

LUIS. Mi mujer...

PEDRO. ¡Qué!

LUIS. ¡No es mujer!

PEDRO. ¿Qué ise osté, mi coronel?

LUIS. Es un demonio con el corazon de hiena. Sabe, que no me ama, que se olvida de todo... que ha recibido la noticia de mi muerte con la mayor indiferencia, casi con alegria... y por último, que ha tenido la avilantez de confesarme á mí... á un desconocido, al cual veia por primera vez, que tenia... que tenia un entretenimiento.

PEDRO. ¿Y qué más?

LUIS. ¿Te parece poco?... publicar de esa manera... ¡Oh! Esto es espantoso!

PEDRO. ¿Y no ha dicho na mas?
LUIS. ¡Pues qué!... ¿hay algo mas todavia?
PEDRO. Yo... no digo...
LUIS. Pedro, tú sabes algo... habla, yo te lo mando... pronto... dí cuanto hayas descubierto.
PEDRO. Ahí la doncella ha contao...
LUIS. ¡Qué!
PEDRO. Que hace dos meses estuvo aqui un jóven, que se llama on Fernando, el cual vivia... y comia... y cazaba...
LUIS. Sigue... sigue...
PEDRO. Y aun creo que si se abrazaban y...
LUIS. ¡Se abrazaban!... ¡oh!
PEDRO. Si ella estaba cariñosa, y él se cansó de estar en esta casa y se volvió á Madrid.
LUIS. ¡Seria ese el entretenimiento de que me hablaba!
PEDRO. (Pus la niña, se entretiene mu dulcemente.)
LUIS. ¿Y ese hombre en dónde está ahora? ¿Quién es? Tú debes saberlo... te lo habrán dicho... ¡responde!
PEDRO. Yo no he tenido tiempo para preguntar tanto, porque como me nombró á on Jacinto...
LUIS. ¿Y ese quién es?
PEDRO. ¿Ese?... on Jacinto. No me han dicho mas... pero sé que la señá marquesa juega con él...
LUIS. Juega... á... qué... di...
PEDRO. Á... ¡no lo sé! pero juega.
LUIS. ¡Otro nuevo amante! esa conducta es infame! Conque es decir que mi mujer es...
PEDRO. Cudiao, mi coronel, no echarlo to á rodar.
LUIS. Necesito castigar á los criminales, y á ella; á ella sobre todo. Vete á la posada, tráete las maletas, y mis armas.
PEDRO. Pero, coronel...
LUIS. Adios, Pedro. (Váse por la puerta del foro de la izquierda.)
PEDRO. Pus estamos bien! Andar mas de mil leguas para encontrarnos con esto... Vaya una alhaja que es la niña; con esa cariya é pascua que paese que en su vida ha roto un plato y... Vamos á la posada.

ESCENA IX.

PEDRO y EMILIA.

EMILIA. (Aqui está.) ¡Heng!
PEDRO. ¡Quién!... (¡La coronela!)
EMILIA. Hola, Pedro...
PEDRO. Señora...
EMILIA. Tengo que hablar contigo.
PEDRO. ¿Conmigo?
EMILIA. Si.
PEDRO. (¡Qué querrá!)
EMILIA. Don Enrique me ha dicho que tú eras el asistente de mi esposo.
PEDRO. Es verdad.
EMILIA. Sé tu comportamiento con él, en todas las ocasiones; que le salvaste la vida varias veces, y que él te queria como si fueras su hermano.
PEDRO. ¡Eso ha dicho! (¡Probesiyo!)
EMILIA. Sí por cierto, y yo debo á mi vez darte las gracias por esa conducta... ven, siéntate.
PEDRO. ¡Yo! al lado de usia.
EMILIA. Yo lo quiero.
PEDRO. Entonces... (Se sienta en el sofá.)
EMILIA. Supongo que tú tendrás que decirme algo.
PEDRO. ¡Yo!
EMILIA. ¡Si! Vamos, ¿qué te parezco?
PEDRO. Mu bien: (¿Qué diablos significa esto?)
EMILIA. ¿Hubiera yo podido hacer la felicidad de don Luis? ¿hubiera yo coronado sus deseos?
PEDRO. Pus ya lo creo... Con esa cara tan bonita, y esos ojos... que... (¡Cudiao, Pedro, que te resbalas!)
EMILIA. Pero ya ves, estoy viuda, y tengo que buscarme otro marido.
PEDRO. ¿Otro? (¡Pus no tiene poca prisa!)
EMILIA. Es necesario, la soledad me mata.
PEDRO. ¿Y on Jacinto?
EMILIA. Jacinto, no sirve mas que para un entretenimiento... ya ves... una mujer como yo, no puede estar sola. Jóven, rica, necesita tener á su lado un hombre que la adore,

que se interese por ella, que la haga mas dulce la vida!

Pedro. Es verdad... (¡Qué bien se explica!)

Emilia. Y he pensado buscármelo yo misma. Ya he tenido un marido por la voluntad de mis padres, y ahora es muy justo que lo tenga por la mia.

Pedro. (¡Esto se vá enredando!)

Emilia. Estaba dudosa en la eleccion, pero ya está hecha; si, ya le tengo escogido.

Pedro. (¡Jesucristo y qué mirá!)

Emilia. Mira. Pedro, necesito de tí.

Pedro. De mi... (¡Uy qué bonita!)

Emilia. Pero antes, debo hacer por tí algo.

Pedro. ¿Cómo?

Emilia. ¿Tú tendrás que pedirme alguna cosa?

Pedro. ¡Yo! (¡Qué mona!)

Emilia. Vamos, habla.

Pedro. (¡Mi coronel, vengasté pronto, que avanza el enemigo!)

Emilia. Decias...

Pedro. (¡Qué ojos mas saragateros!... ¡Pus no me está bailando er cuerpo!)

Emilia. Te estoy esperando.

Pedro. (Me espera... Ná, me paso al enemigo con bagajes y too...)

Emilia. Empieza...

Pedro. (Allá voy... ¡Probe coronel!) ¿Con que usia quiere que yo empiece?

Emilia. Si.

Pedro. ¿Y por dónde?

Emilia. Por donde quieras.

Pedro. (¡Vcasté un hombre comprometio!)

Emilia. Vamos, veo que será necesario que yo dé principio...

Pedro. Si; eso es mejor... principie usia.

Emilia. Rosa me lo ha contado todo...

Pedro. ¿Eh?

Emilia. Y por mí no hay inconveniente.

Pedro. ¡Ah! es de Rosa de quien me hablaba usia.

Emilia. ¿Pues de quién habia de ser?...

Pedro. ¡Bah! Eso es otra cosa.

Emilia. ¿Qué te habias figurado?

Pedro. Yo... ná... (¡Qué lástima!)

Emilia. Pues bien, consiento en vuestro casamiento y os haré

un buen regalo. Pero me has de hacer tú ahora un favor.

PEDRO. Diga usia.

EMILIA. Dime... pero con verdad... Qué cualidades tiene don Enrique, qué defectos... todo quiero saberlo...

PEDRO. Sus cualidades, ya las debe haber conosio usia: es mas bueno, que er pan; generoso, como ninguno; valiente, como er primero.

EMILIA. Mucho me agrada. Y dime... supongo, que habrá tenido algunos compromisos...

PEDRO. Ya lo creo.

EMILIA. ¿De veras?

PEDRO. Hará un año, y al dar una carga con su regimiento, se vió en uno, que de milagro escapó con pellejo.

EMILIA. No me refiero á esos, sino á relaciones amorosas.

PEDRO. ¡Pst!

EMILIA. ¿Si, eh? (¡Ah, infame!) Me figuro que ha sido algun tanto calavera.

PEDRO. Poco: siempre ha estao estudiando ó dando sablazos.

EMILIA. ¿Y vivia siempre solo?

PEDRO. Con el asistente y Leonina.

EMILIA. ¡Leonina! (¡Una mujer, traidor!)

PEDRO. ¡Probecilla, cómo le queria!

EMILIA. ¿Y él á ella?

PEDRO. Por supuesto. Lo que es eso, toos la queriamos, era tan mansa y fiel, la alhaja del regimiento.

EMILIA. Le acompañaria á todas partes.

PEDRO. ¡Toma! ¡ya lo creo! Cuando estabamos en campaña dormia en la tienda con el coronel.

EMILIA. Con él... (¡Qué escándalo!)

PEDRO. Hacia progresos... se ponia derecha y con un palo á guisa de fusil imitaba ar sentinela.

EMILIA. ¿Y cuánto tiempo ha estado en su compañia?

PEDRO. Siete años.

EMILIA. Y dices que él la queria...

PEDRO. Con delirio. Facilito era que nadie la hubiera tocao, sin exponerse á que el coronel le hubiera roto las costiyas.

EMILIA. (Segun eso, él la adoraba...)

PEDRO. En la última accion que estuvimos se queó coja de un balaso.

EMILIA. ¿Iba con él al fuego?

PEDRO. La primerita; bailando de contenta... y hasta que él

volvia á la tienda, Leonina á su lado.

EMILIA. (¡Infame! Conque tenia una querida mientras que yo... ¡Ah! me vengaré!)

PEDRO. Pus como iba diciendo, era...

EMILIA. ¡Déjame!

PEDRO. Yo...

EMILIA. He dicho que te vayas.

PEDRO. Usia perdone. (¡Esta señora está loca!)

EMILIA. ¿Te vas?

PEDRO. Á galope. (¡Voy por las maletas: probe coronel!)

ESCENA X.

EMILIA.

¡Qué infamia! ¡qué picardia! Esto no se puede sufrir... mi marido corriendo el mundo, divirtiéndose... y yo mientras, esperándole soñando con su amor... Y hoy cuando le he visto, apenas he podido dominar mi emocion... Casi habia completado mis deseos... quizá le amaba, pero ya, le aborrezco, le desprecio... ¡Dios mio! qué desgraciada soy!...

ARIA.

Ayer tan solo vivia
en una ilusion soñada,
hoy la miro desgarrada
por la triste realidad.
Aspiraba con encanto
un perfume seductor...
Era el aura del amor
en mi triste soledad.
Esa esperanza
en lontananza
vino á alumbrar
mi porvenir.
Hermosa y pura
fué mi ventura,

mas hoy la muerte
me deja aquí!

ESCENA XI.

EMILIA y ROSA con una carta.

HABLADO.

ROSA. ¡Señora!

EMILIA. ¡Ah! Rosa, ven aqui. ¿No sabes lo que me sucede?

ROSA. ¡Qué! ¿Se ha descubierto ya?

EMILIA. No se trata de eso.

ROSA. Pues entonces, ¿qué ha sucedido?

EMILIA. ¡Que mi marido es un infiel! Un traidor, que no se ha acordado nunca de mí; y lo que es mas espantoso, que ha tenido á su lado por espacio de siete años, á una mujer llamada Leonina.

ROSA. ¿Será verdad?

EMILIA. Su mismo asistente me lo ha dicho; y no es eso lo peor, sino que él la ama, que quizá ahora mismo estará pensando en ella.

ROSA. ¡Está bueno el lance!

EMILIA. Yo que hace tres dias, cuando recibí la carta de mi tia la baronesa anunciándome los designios de mi esposo y su próxima llegada, no podia dominar mi alegria; é inocentemente decidí hacerle rabiar un poco para que fuera despues mayor su felicidad. ¡Y ahora! ¡Pero yo me vengaré! Le he de hacer sufrir horriblemente, y cuando él me ame, cuando me suplique de rodillas, entonces yo le diré que le detesto.

ROSA. Aqui viene.

EMILIA. Me alegro. (Luis aparece al foro y escucha.)

ROSA. ¡Ah! Señora, se me habia olvidado darle á usted esta carta que han traido.

EMILIA. Es de Fernando; déjame.

ESCENA XII.

EMILIA y LUIS.

LUIS. (¡Una carta! ¡y de Fernando! ¡Ahora veremos!) Señora...

EMILIA. Caballero...

LUIS. Perdone usted si la distraigo de su grata ocupacion.

EMILIA. Es igual.

LUIS. Acabo de recorrer el jardin. A fé mia que es delicioso.

EMILIA. ¿Le agrada á usted?

LUIS. Mucho.

EMILIA. Es lástima que no pueda usted disfrutar de él por algun tiempo.

LUIS. ¿Por qué, señora?

EMILIA. ¿No me ha dicho usted en la mesa que sus ocupaciones no le permitirian permanecer aqui mas que un dia... ó dos?

LUIS. Ciertamente. (Me echa. Es claro, la estorbo.)

EMILIA. Pero yo espero que volverá usted á verme al cabo de tres ó cuatro años.

LUIS. (Cuatro años.) Es probable que no me sea posible volver.

EMILIA. Lo siento.

LUIS. (¡Esa frialdad me desespera, y sin embargo, la amo como un necio!)

EMILIA. Con su permiso. (Se pone á leer.)

LUIS. (Otra vez, la carta de su amante: ya no hay paciencia. Señora. (Gritando.)

EMILIA. Caballero.

LUIS. Noto que la interesa mucho ese papel.

EMILIA. No es extraño. Como que es de la persona que mas amo en este mundo.

LUIS. (¡Y me lo dice á mí, á su marido! ¡Voto al infierno!) Deme usted esa carta, señora, démela usted.

EMILIA. ¿Qué está usted diciendo?

LUIS. Necesito ese papel que la ha escrito á usted un hombre, abusando de su candor.

EMILIA. ¡Caballero! Este hombre me escribe porque puede hacerlo; porque tiene derecho para ello.

LUIS. ¿Que tiene derecho?

EMILIA. Si, señor.

LUIS. Lo veremos. Deme usted esa carta.

EMILIA. ¿Olvida usted, caballero, que está en mi casa y que aqui nadie dá órdenes mas que yo?

LUIS. Puedo pedirle á usted cuentas de sus acciones.

EMILIA. ¿Usted, por qué?

LUIS. ¡Porque... ya es imposible callar por mas tiempo! Yo soy don Luis de Mendoza, su esposo de usted!

EMILIA. Está usted equivocado.

LUIS. ¿Cómo?

EMILIA. Don Luis ha muerto. Soy viuda, libre, dueña, en fin, de mi albedrio.

LUIS. ¡Señora!

EMILIA. Usted es un compañero de armas de mi esposo, encargado de repetirme sus últimas palabras. Lo ha hecho usted, y le doy infinitas gracias por haber cumplido tan sagrado encargo.

LUIS. ¡Esto es horrible! ¿Sabe usted, señora, lo que está diciendo en este momento?

EMILIA. Usted se llama Enrique Alvarez, y tengo tan buen concepto de su persona y sentimientos, que me desagradaria esa transformacion.

LUIS. ¿Por qué, señora?

EMILIA. Aunque separada de mi esposo, le conozco lo bastante y estoy perfectamente informada de él. Sé que es un libertino que no reconoce freno de ninguna especie. Un hombre que se ha lanzado á la vida desordenada; que acostumbrado á la existencia militar, solo encuentra goces en ella; que ha seducido á infinitas mujeres, llegando su descaro hasta el extremo de llevarlas á campaña.

LUIS. ¡Yo!

EMILIA. ¡Sé, por último, que nunca ha dedicado un recuerdo á su infeliz esposa, que le amaba, que esperaba su vuelta con impaciencia, devorando en silencio sus lágrimas al saber su conducta. Que hoy se alegra de encontrarse viuda, porque si hubiera venido á su lado fingiéndose un amigo, para espiarla, era la última ofensa que podia hacerle, á la que ella contestaria con el desprecio! ¡Beso á usted la mano, caballero!

ESCENA XIII.

LUIS, á poco PEDRO con maleta y pistolas.

LUIS. Voto á cien legiones de demonios! ¡Pues esta es buena! ahora salimos conque yo soy el culpado... ella la inocente. Vengo loco de amor en su busca; la encuentro en esta quinta, oigo hablar de un Jacinto, de un Fernando, y segun se vé, no tengo derecho de quejarme... ¡Rayos y truenos!

PEDRO. ¿Descargó la tormenta?

LUIS. Pedro, ven acá; mi mujer reniega de mí, rompe todos los compromisos, se declara independiente.

PEDRO. ¿Como Italia?

LUIS. ¿Qué opinas de todo esto?

PEDRO. Yo qué sé... pero la señá marquesa me parece un poco ancha de conciencia.

LUIS. ¡Oh! Pero no crea que esto lo voy á dejar asi... no por cierto... Entre los dos hay un abismo... La separacion, y en cuanto á esos rivales, los mataré.

PEDRO. Pero, coronel...

LUIS. Espérame aqui. Voy á escribir una carta á su tia la baronesa, para que venga por ella, y en seguida partiremos... Es preciso.

ESCENA XIV.

PEDRO y EMILIA.

PEDRO. ¡Buen cipizape se vá á armar. Está visto que la señá marquesa es una pájara, qué ya!

EMILIA. (¡No está! ¿Cómo no ha venido á echarse á mis pies? ¡Ingrato!)

PEDRO. (¡Hola! otra vez po aqui. Pus lo que es ahora no me engaña como antes.)

EMILIA. ¿Y tu amo, Pedro?

PEDRO. Ha dio á escribir una carta.

EMILIA. Y tú ¿qué haces ahí con eso?

PEDRO. Son las maletas.

EMILIA. Pues llévalas al cuarto que está destinado á don Luis.

PEDRO. No hay para qué.

EMILIA. ¿Por qué razon?
PEDRO. Porque nos vamos.
EMILIA. ¿Os vais? ¿Adónde?
PEDRO. Tanto no sé, pero creo que es muy lejos.
EMILIA. ¿Mas por qué es esa partida?
PEDRO. ¿Qué quiere usia! El coronel está desesperao, y creo que intenta que le lleven los demonios cuanto antes.
EMILIA. ¡Pero Dios mio! ¿Qué le sucede?
PEDRO. Er probe sufre mucho.
EMILIA. ¿Por mí?
PEDRO. Pus es claro. La quiere á usia mas que á las niñas de sus ojos, y como usia...
EMILIA. Pues bien, Pedro, yo le perdono, todo lo olvido. Que no se vaya.
PEDRO. ¿Usia le perdona?
EMILIA. Si, corre, díselo...
PEDRO. ¡Yo!... ¡Pa que me eslome de un trancaso!
EMILIA. ¿Pero por qué?
PEDRO. Por que mi señó sabe que usia quiere mucho á on Jasinto.
EMILIA. ¿Y qué importa?
PEDRO. ¡Ah! ¡vamos, ná!
EMILIA. Él tambien le querrá con el tiempo.
PEDRO. ¡Él!... ¡facilito es eso! Si lo piya, lo estreya.
EMILIA. Eso es una inhumanidad que yo no consentiré.
PEDRO. Cudiao, señá marquesa, con lo que hace.
EMILIA. ¡Matarle!... Pobrecillo... ¡hace poco me estaba abrazando con un cariño!...
PEDRO. ¡Sopla! Si lo oye el coronel...
EMILIA. ¡Yo le defenderé contra todos!

ESCENA XV.

DICHOS, LUIS.

LUIS. Asi: pocas frases y sentidas.
EMILIA. Luis.
LUIS. ¿Qué quiere usted, señora?
EMILIA. Por Pedro acabo de saber los motivos que tienes de enojo contra mí.
LUIS. Pedro...
PEDRO. Mi coronel...

EMILIA. No le riñas; yo le he obligado á que me lo diga... Perdon y olvidemos lo pasado.
LUIS. Hay cosas que no se pueden olvidar.
EMILIA. Pero siendo tan naturales...
LUIS. Señora...
PEDRO. (¡Atiza!)
EMILIA. ¡Pero Luis!
LUIS. ¿Cómo tiene usted atrevimiento de rogar por él delante de mí?
EMILIA. ¿Y por qué no, si le quiero tanto?
LUIS. Marquesa...
PEDRO. (¡Ya escampa!)
EMILIA. Si le hubieras visto esta mañana con qué cariño me besaba...
PEDRO. (¡Agua vá!)
LUIS. ¡Rayos y centellas! Esa osadia es espantosa, y sufrirá usted las consecuencias de ello.
EMILIA. ¡Luis, por Dios!
LUIS. ¿Dónde está? pronto... ¡hable usted!
EMILIA. ¡Aunque me mates no lo diré!
LUIS. Señora...
EMILIA. ¡Y á pesar tuyo, le salvaré!
LUIS. ¡Infame!
PEDRO. ¡Mi coronel!

ESCENA XVI.

DICHOS, ROSA.

ROSA. ¡Señora! ¡Señora!
LUIS. ¿Qué hay?
EMILIA. ¿Qué sucede?
ROSA. ¡Jacinto no quiere almorzar, creo que está malo!
LUIS. ¡Cielos!
EMILIA. ¡Ah!
PEDRO. (¡Pues señó, ya se arregló!)
LUIS. ¿En dónde está?
ROSA. En...
EMILIA. ¡Calla, por Dios!
LUIS. ¡Habla, ó no respondo de mí! (Cogiéndola.)
ROSA. Que me hace usted daño.
EMILIA. ¡Luis!

Luis. ¡Habla!
Rosa. ¡En el sofá!... ¡echado!
Luis. ¡Infame! (Corre á coger las pistolas.)
Emilia. ¡Ay mi Jacinto! (Huye por la puerta primera de la izquierda y cierra.)
Pedro. ¡Coronel!
Rosa. ¡Señor!
Luis. ¡Ha cerrado! ¡no importa! ¡yo abriré!
Pedro. ¡Buen lio has armado!
Rosa. ¿Yo?
Luis. ¡Ah! ¡ya cede!
Pedro. ¡Pero, coronel!
Luis. ¡Dejadme! ¡No escaparán de mi venganza! (Váse por la puerta primera de la izquierda.)
Rosa. ¿Pero qué es esto?
Pedro. ¡Ná! Toca á degüello.

ESCENA XVII.

PEDRO, ROSA, EMILIA, JACINTO y LUIS.

Emilia. ¡Toma! ¡Pedro, sálvale!
Pedro. ¿Pero qué es jesto?
Emilia. ¡Chist! ¡Calla!
Luis. ¿Dónde está?...
Emilia. ¡Perdon! ¡perdon (De rodillas las dos mujeres.)
Luis. ¡Nunca!
Emilia. ¡Dios mio!
Rosa. ¡Señor!
Luis. Yo le encontraré.
Pedro. ¡Mi coronel! Aqui está on Jasinto. (Presenta el mono agarrado por el cuello, por cima de las mujeres que suplican á don Luis.)
Emilia. ¡Ah!
Luis. ¡Un mono!
Pedro. Segun paese.
Emilia. ¡No le mates, Luis!
Luis. ¿Este es Jacinto?
Emilia. ¡El mismo!
Luis. ¡Ah!
Emilia. ¿Qué es eso?
Luis. ¡Nada, esposa mia! He estado loco, no sé lo que he

dicho.

PEDRO. Er demonio del avechucho, y qué susto nos ha dado.

ROSA. ¿Pero á qué ha venido esto?

LUIS. ¿Y Fernando?

PEDRO. ¿Es otro mono?

EMILIA. Es mi hermano: oficial de ingenieros.

LUIS. ¡Tu hermano! He sido un infame, he dudado de tí. Perdóname.

EMILIA. ¡Si! todo lo olvido. Hasta tus amores con Leonina.

LUIS. ¿Con Leonina?

PEDRO. ¡Ah! ¡La perra! ¡Ya se murió!

EMILIA. Era tal vez...

LUIS. Si, querida. Ambos hemos sido injustos; olvido á lo pasado y seamos felices.

EMILIA. ¡Oh! si, si.

FINAL.

LUIS.
Pues ya que tu inocencia
se muestra como el sol,
yo te ofrezco, vida mia,
mi cariño abrasador.

PEDRO.
Si nos hemos de casar
dime pronto, vive Dios,
si á otro mono tú tambien
entregaste el corazon.

EMILIA.
Olvidemos lo pasado,
y en ensueño seductor
te daré con mi ventura
mi cariño abrasador.

ROSA.
Pues si ya te tengo á tí
no preguntes mas por Dios,
que tú solo serás dueño
de mi amante corazon.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado este zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, á condicion de que se indique desde los principios en el diálogo lo que baste para poner al público en via de comprender que la conducta de la protagonista no es pecaminosa.

Madrid 29 de Abril de 1861.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

Está hecha la aclaracion que pide la censura.

drid en 1818.
drid á vista de pájaro.

gro y Blanco.
nguno se entiende, ó un hom-
re tímido.
bleza contra nobleza.
es todo oro lo que reluce.

mpia

pósito de enmienda:
car á rio revuelto.
ella y por él.
a heridas las de honor, ó el
sagravio del Cid.
la puerta del jardin.
eroso caballero es D. Dinero.
idos veniales.

e convido al Coronel!...
n mucho abarca.
suerte la mia!
én es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Si la mula fuera buena...

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabétic.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quema ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

lica y Medoro.
s de buena ley.
l mas feo.

eyina la Gitana.
lo y Marte.
o y Flora.

senando.
Mariquita.
Crisanto, ó el Alcalde pro-
or.

chiller.
trino.
ayo de una ópera.
esero y la maja.
ro del hortelano.
nta y en Marruecos.
n en la ratonera.
imo mono.
os de carnaval.
rio (drama lírico).
tillon de la Rioja (*Música*
conde de Letorieres

El mundo á escape.
El capitan español.
El Corneta.
El hombre feliz.
El cabello blanco.

Jacinto.
Juan Lanas. (*Música.*)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La modista
La colegiala.
Los conspiradores
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La Cruz de los Humeros.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

reccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
egundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.

Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcía	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.